

XXXVIII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"
- Antonio Segado del Olmo -
2022

LA BIBLIOTECA DEL AGUA
FERNANDO MOLERO CAMPOS

PREMIO

El 15 de Julio de 2022,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Manuel Vilas, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima octava
edición al cuento titulado La biblioteca del agua,
de Fernando Molero Campos.

Fernando Molero Campos, nació en Fernán Núñez (Córdoba). Es diplomado en Magisterio y licenciado en Humanidades y ejerce como profesor de Lengua Castellana y Literatura. También es Master en Cinematografía por la Universidad de Córdoba.

Ha publicado en solitario once libros: *En la playa, ¿Quién se esconde detrás de Nosferatu?, La cabeza cortada de Yukio Mishima, El heladero de Brooklyn, En el baño, Tiernos espíritus poéticos, Los fantasmas nuestros de cada día, La carne y la palabra, La cosa del río, El efecto dominó, Seres extraños, extraños seres, Relatos de la cuarentena.*

Asimismo ha publicado otros veinte libros en colaboración con otros autores.

Ha obtenido más de ochenta premios y distinciones en concursos literarios de narrativa breve, y ha sido finalista a los Premios de la Crítica de Andalucía en la modalidad de relato.

También ha ejercido durante diez años como crítico de cine en el Diario Córdoba.

LA BIBLIOTECA DEL AGUA

A Basilio Arriaga le gustaba contemplarse en el agua cada vez que cruzaba el puente sobre el río. Pero jamás conseguía ver su rostro. Cifraba en aquel espejo turbio un mapa de enigmas y destinos por cumplir. ¿Qué misterios insondables habitarían el fondo del río? Quizá los peces en su movimiento, o las algas, o las piedras en su inmortal quietud y sabiduría, lo supieran. Por supuesto, él, no. Arriba, en esa mediocre altura desde la que miraba el mundo como si deseara que le perteneciera en su totalidad, hacía tiempo que llevaba desistiendo de su pretensión de hallar sentido a su labor. Y, sin embargo, acudía a su cita casi a diario.

El agua ejercía sobre Basilio Arriaga la misma atracción que las palabras. Como ellas, que a veces se le antojaban bloques de mármol en cuyo interior se ocultaba la verdadera dimensión de sus significados, el agua, escurridiza en su correr constante, atesoraba en su canto de sirena taciturna la paz de las necrópolis. Por eso, cuando las palabras se le resistían y le daban esquinazo tal que si fueran novias antiguas que quedaron decepcionadas con su relación, iba al río, miraba el agua, cruzaba el puente. Pensaba en ese simple acto, en ese paseo como en una transición: la metáfora de una promesa incumplida.

Entonces, ¿a qué iba al puente con esa regularidad? ¿Acaso esperaba encontrar inspiración contemplando el agua? No. Pero el agua serenaba su espíritu. Y además hacía hora antes de regresar a casa: «El último refugio de los cobardes», escribió un día. Esther, su esposa, lo engañaba con otros hombres y a él no le importaba. Prefería sus reproches y desplantes, sus silencios y sus gritos, sus caricias regaladas muy de cuando en cuando, por los viejos tiempos, como si le hubieran tocado en la tómbola de una feria, antes que la soledad perpetua en la que vivía sin ser capaz de reconocerla del todo.

Basilio Arriaga era un hombre triste que intentaba canalizar sus miedos y fracasos a través de las palabras, de los libros. Soñaba con que también él lograría algún día lo que otros: ser conocido, publicado y leído en el mundo entero. Para ello llevaba preparándose toda la vida. Cuando le llegara el momento, sabría cómo responder a los halagos, vestir acorde a los miembros del club, declamar sus textos como el mejor de los oradores, dar discursos capaces de embelesar por igual a

catedráticos o comadronas.

En la Biblioteca Municipal en la que trabajaba parecía que el tiempo se detenía y arrodillaba a sus pies. Aprovechaba para escribir los ratos en que apenas había movimiento, las horas del día en las que la clientela menguaba, el ordenador siempre a punto, presto para que sus dedos sobre el teclado iluminaran la pantalla de hermosas palabras. Le gustaban más los relatos, las historias, que la poesía.

Rodeado de libros por doquier, con ese olor tan particular que desprenden el papel y la tinta para quienes tienen el olfato entrenado en la pasión de la lectura, era poco probable que no se le ocurrieran ideas, que no hallara la forma más adecuada de expresarlas. Comenzó tarde y, como tantos, lo hizo copiando a los maestros. Tampoco desdeñaba imitar a los escritores y escritoras contemporáneos de éxito. Aquellos que eran reseñados en revistas y suplementos culturales y aparecían como ganadores de los más importantes certámenes del país. Si ellos habían triunfado, ¿por qué no habría de hacerlo él? Tenía las ganas, el deseo, las herramientas. Solo necesitaba no desfallecer ni arredrarse ante las expectativas ni ante quienes le negaban el pan y la sal. Conocía por los libros el sufrimiento y también la tenacidad necesaria para superarlo. Caer y levantarse rápidamente para continuar con la tarea sin desfallecer era lo que había convertido a muchos en lo que eran. Deportistas. Cantantes. Escritores. Actores y actrices. Cineastas. Los tropiezos y las piedras en el camino solo habrían de servir para hacerlo más fuerte. Como a ellos.

Allí, en la biblioteca, conoció a Esther cuando acudía a diario a la sala de estudio para preparar las oposiciones. Llevaba tiempo intentándolo y siempre se había quedado a las puertas. Él era unos años mayor que ella y ya tenía un trabajo que podía considerar fijo: ser bibliotecario era la mejor de las maneras de estar en contacto con los libros y cobrar por ello.

Basilio Arriaga apenas sabía nada del amor y Esther estaba un poco de vuelta de todo; venía de una relación tóxica y en el calendario de su vida tenía demasiadas fechas marcadas en rojo. De entrada no había en el mundo dos personas más diferentes, con menos cosas en común. No obstante, ella se fijó en él después de darse cuenta de que no dejaba de observarla.

- ¿Tengo monos en la cara? -le preguntó ella un día con descaro.

El bibliotecario pasó del verde al rojo sin contemplar el ámbar, igual que un semáforo averiado y presuroso. No encontró palabras en el diccionario de su cabeza para responderle, tanta era su vergüenza. Se quedó en mitad de la sala igual que si hubiera sido pillado en falta, como un pasmarote. Enseguida salió a paso ligero, tropezando con sillas y mesas. A Esther le dio un poco de pena y también de ternura.

- Oye, perdóname; no quería ofenderte. Era solo una broma. Anda, te dejo que me invites a un café -le dijo apoyada en el mostrador tras el cual se parapetaba el pobre Basilio, que rehuyó su mirada.

Armado de un valor que ignoraba tener, aceptó la extraña invitación en la que él era el pagador y la promotora del encuentro la beneficiaria.

Aunque al principio Esther hubo de sacarle la información como si descorchara con dificultad una botella de vino, cuando Basilio Arriaga empezó a sentirse cómodo en su compañía, le contó que vivía solo, que su madre murió años atrás de un ataque al corazón y que su padre fue perdiendo la cabeza a pasos de gigante superado por la tristeza. Ahora estaba en una residencia de ancianos. Lo visitaba los fines de semana. Pero eran dos extraños obligados a compartir durante un rato un banco del jardín o a mirar el vuelo de los pájaros desde la butaca frente a los ventanales. Y que amaba los libros.

- Lo que más me gusta es leer-le dijo.

Calló su afición por la escritura. Era pronto para eso. Apenas la conocía de nada.

Esther habló casi única y exclusivamente de las malditas oposiciones. Nada dijo de su familia ni de aquel hombre al que había amado y odiado a partes iguales durante demasiado tiempo, el suficiente como para tener el alma llagada, con heridas y cicatrices. Había estudiado Matemáticas y se preparaba para ser profesora. Lo suyo eran los números y no las letras.

Basilio comentó que no tenían por qué ser excluyentes y le recomendó varios libros que tenían a las matemáticas como protagonistas. *El diablo de los números*, de Hans Magnus Enzensberger; *El teorema del loro*, de Denis Guedj; *La hipótesis del continuo. Una historia de la Transición*; de Alonso Chávarri o *El tío Petras y la conjetura de Goldbach*, de Apostolos Doxiadis.

- También hay películas como *La habitación de Fermat*, *El hombre que conocía el infinito...*

Pero Esther no lo dejó continuar, lo interrumpió para decirle que ella estaba inmersa de lleno en las oposiciones y no tenía tiempo para distracciones. Basilio insistió. Estaba convencido de que la lectura podría ayudarla. Igual hallaba en las páginas de los libros ideas originales para exponer ante los miembros del tribunal y actividades para plantear a sus futuros alumnos. Ella accedió; le haría caso.

Desde aquel día, Basilio y Esther se saludaban en la biblioteca, conversaban, se ayudaban mutuamente. Él arrinconaba un poco su introversión y ella descubría en el bibliotecario al hombre que le convenía. No sentía una atracción desesperada, ni mucho menos se le desbocaba el deseo. Era más bien la sensación de una calma que quizá podría llevarla algún día al cariño, quizá, quién podía saberlo, al amor. Basilio, por su parte, sí estaba enamorado de ella; su persona ocupaba todos sus pensamientos. Fue una época en la que sus ansias de escritura menguaron. La felicidad no suele ser fuente de inspiración para lograr el éxito literario. Los escritores crean sus grandes obras maestras bajo la influencia de las drogas, de la depresión, de la súbita melancolía, de los estragos del corazón y del alma. Un poeta feliz es un poeta abocado a la vulgaridad de versos estériles y a ripios dignos de ser entonados por un ruiseñor afónico. Basilio no estaba en condiciones de inventar ninguna historia, bastante tenía ya con imaginar.

El día que ella leyó su nombre en la lista de aprobados del tablón de anuncios del centro educativo en el que había opositado, se acostó por primera vez con Basilio. Casi lo sacó a rastras de la biblioteca. Primero lo telefoneó para darle la noticia y las gracias.

- ¿Por qué? -preguntó.

- Porque me has dado suerte. Porque seguí tus consejos e introduje en mi programación actividades diferentes y motivadoras que han gustado al tribunal.

Luego se presentó en la biblioteca para transmitirle en persona su inmensa alegría. Junto a la puerta de los baños lo besó. Fue un beso intenso, largo, de fuego. Basilio se quedó paralizado; no se lo esperaba, aunque había soñado cientos de veces con que algo así ocurriera. Era el preludio de una gloria efímera y un desastre

que finalmente lo llevaría a conseguir aquello que él siempre había añorado.

Solo unos meses después se casaron. Fue ella la que se lo propuso sin pensárselo mucho. Estaba convencida de que si se planteaba más cuestiones de las imprescindibles jamás daría el paso. Basilio, por supuesto, dijo sí, como si el adverbio ya estuviera en su boca antes de que ella hablara de boda.

Se lo comunicó a su padre en la residencia. Sentado a su lado, el anciano contemplaba el horizonte como si fuera un telón pintado para engañar a los locos, un trampantojo que simulara la infinitud del mundo.

- Papá, me caso -fueron sus palabras. Unas palabras que le costó pronunciar. El padre lo miró y sonrió como si entendiera lo que le decía el hijo.

- Yo también me quiero casar. ¿Dónde está María José? ¿Quién se la llevó al mar?.

A Basilio le hizo bien contarle al padre sus planes de futuro. La directora de la residencia consideró que no era buena idea llevarlo a la boda, como fue su primera intención. Demasiada gente. Ruptura de sus rutinas. Un ambiente ruidoso. Fueron los argumentos esgrimidos. Los entendió. Por qué imponer su voluntad si con ello ocasionaba un daño en lugar de un beneficio. Apenas tenía familia y los amigos podía contarlos con los dedos de una mano. La mayoría eran simples conocidos con los que por una u otra razón mantenía algún tipo de contacto, personas con las que compartía el placer de la lectura, usuarios habituales de la biblioteca con los que intercambiaba información sobre libros, a los que recomendaba títulos. La lista familiar de Esther era un poco más extensa. También la de sus amistades, entre las que se encontraban compañeros de estudios y hasta amantes furtivos.

Al final, Basilio cambió de opinión y, contra el consejo de la directora, sacó a su padre de la residencia para sentarlo a su lado en la mesa de los novios. El hombre iba suficientemente medicado como para que ni los cañones de Navarone lo alteraran. Sin embargo, en el primer brindis, cuando los amigos más eufóricos de Esther gritaron: «¡Vivan los novios!», el anciano pareció despertar como de un larguísimo sueño de siglos, alzó una copa que no le pertenecía, rodeó al hijo para situarse junto a la novia y exclamó con las pocas fuerzas que le quedaban: «¡Vivan los novios! Te quiero María José. Qué bien que hayas regresado del mar». Después

abrazó a Esther por la cintura y la besó en la boca.

Fue la última vez que el anciano salió de la residencia. La siguiente lo hizo con los pies por delante, en el corazón detenido un arrullo de olas que lo llevaría al encuentro de María José.

La muerte del padre marcó un punto de inflexión en la vida de Basilio Arriaga. ¿También él se volvería loco? ¿Perdería el juicio hasta no reconocer a Esther, ni siquiera a sí mismo? Si fuera así, para qué tanta lucha perdida de antemano. Se sumió en esa melancolía de antaño en la que cuando se miraba al espejo veía a un bicho raro y no a un hombre. Recordaba y comprendía a Gregor Samsa, allí en su habitación, un insecto gordo y despreciado incluso por los suyos.

Comenzaron entonces los problemas con Esther. Por nada del mundo estaba ella dispuesta a vivir en una celda sin barrotes, bañada su juventud en lágrimas, esperando a que la vida le pasara por encima con la potencia de una apisonadora de rutinas y miserias. Ella anhelaba la alegría, el ir y venir. Peleaba con Basilio, le gritaba, amenazaba con separarse de él, le decía barbaridades que el marido echaba a un cofre en su interior donde encerraba sus palabras, sus gestos y sus actos como si se tratara de una auténtica caja de Pandora. Esther no tenía ninguna intención de dejarlo y odiaba tener que hacerle daño. A su manera continuaba queriéndolo, pero necesitaba que reaccionara porque adivinaba en él un reflejo temprano del naufrago que la besó en la boca en su boda, confundido en un océano de recuerdos y olvidos.

Le fue infiel. Primero con Nacho, un compañero del Departamento de Matemáticas. Luego vinieron otros, amantes esporádicos que pasaban por su vida como los trenes que se paran un instante en la estación y dejan que bajen los viajeros. Ella era el tren y la estación; los pasajeros diferían en cada nuevo destino. Nunca se lo ocultó a Basilio. Estaba plenamente convencida de que tenía derecho a saberlo; no quería que pensara que lo engañaba. Siempre iba con la verdad por delante.

Basilio lo resistía todo. Sumido en sus libros, inquilino de aquella biblioteca en la que se pasaba la mayor parte del día extraviado como un Teseo de papel a la caza de un monstruo invisible y legendario, tornó a la escritura. Ahora sí estaba convencido, acopiaba suficiente dolor y angustia como para convertirse

en un verdadero escritor. Sacaría la artillería pesada y forjaría con tesón, a fuego, acero y martillo, las historias que rondaban por su cabeza.

Como un poseso, tecleaba en el ordenador letra tras letra para organizar su mundo. Cuando terminaba, leía los textos para sí y todos le parecían extraordinarios. Pero no se atrevía a dejárselos leer a los demás: le daba vergüenza. Prefería el anonimato de los seudónimos tras los que podía ocultarse para enviar sus cuentos a los concursos literarios. Jamás ganaba ninguno. Ni siquiera un mísero finalista, una llamada, un correo de felicitación. Se desesperaba.

Fue la época en la que descubrió el poder del agua en el río, el placer de cruzar el puente. Fueron los días en los que el azar cambió su destino para siempre. Un golpe de suerte, un misterio inexplicable marcaría el rumbo de sus pasos hacia el olvido de la inmortalidad.

Todo ocurrió una noche en la que demoró más de la cuenta su regreso a casa para no enfrentarse a una realidad que podía tolerar en los libros pero no en la vida real.

Asomado al pretil del puente, Basilio vio unas hojas de papel que llevaba la corriente del agua. Siguió su recorrido con la mirada y las vio arremolinarse primero y encallar después en una pequeña balsa junto a la orilla. Picado por la curiosidad, caminó hasta el final del puente, lo bordeó y bajó al río. Con un palo logró acercar los papeles mojados. Los sacó del agua chorreando y los reconoció. Eran los mismos que él había tirado uno a uno desde el puente la noche anterior intentando que sus palabras inútiles se ahogaran sin remedio. Pero el río se las devolvía un día después, con la tinta fresca. Aquello solo podía ser una señal de que su escritura merecía la pena, de que algo tenía que cambiar.

Corrió a su casa preso de una inesperada embriaguez. Esther, ya en pijama y mirando el televisor, lo vio llegar, notó el cambio.

- ¿Te ocurre algo? - preguntó.

- Nada, nada; todo bien. Me voy a dar una ducha.

Basilio entró en el cuarto de baño y con unas pinzas de tender la ropa prendió las hojas a la cortina de la ducha. Las oreó lo mejor que pudo con el aire caliente del secador. Ordenó las páginas por los números que aparecían en la

parte inferior de las hojas. El título le recordó mucho al suyo, se parecían y, sin embargo, eran diferentes. El nuevo era mucho mejor, más sugerente y atractivo. Cualquier lector se embarcaría antes en un texto con semejante pórtico que con el que él había elegido para el relato original. Continuó leyendo como si fuera un notario que diera fe de que las palabras que tenía delante de sus ojos le pertenecían y al mismo tiempo no, las había escrito otro. Cambiaba el orden de algunas frases. El ritmo no era tan pesado, ni el tono tan lúgubre. Reconocía como propia la base, pero las modificaciones eran maravillosas, elevaban el cuento a una dimensión a la altura de aquellos narradores que tanto admiraba.

Aquella noche, después de mucho tiempo, hizo el amor con Esther. Fue él quien tomó la iniciativa y ella quien lo acogió en su regazo como al hijo pródigo que quisiera expiar sus pecados entre sus piernas. No quiso insistir en preguntarle de nuevo qué le había pasado, a qué se debía el cambio. Prefirió esperar a que fuera él quien se lo contara si lo creía conveniente, cuando le apeteciera o se sintiera con fuerza.

Con aquel primer relato devuelto por el río, Basilio ganó su primer premio. Aquel era el camino. Lo que a él le faltaba para lograr la excelencia se lo procuraba el río.

Así pues, cada nuevo escrito, lo pasaba indefectiblemente por el juicio corrector del agua. Cuando terminaba un relato, iba al puente y lo deshojaba como una niña amante arrancararía uno a uno los pétalos de una margarita para constatar si el chico que le gusta la quiere o no. Solo debía esperar un día a que las musas o los duendes del río pulieran, mejoraran sus palabras y se las devolvieran.

Supuso Basilio Arriaga que igual que había un mundo en la tierra podía haber otro igual o parecido bajo las aguas. ¿Por qué no?. Los hombres y sus ciencias se creían en posesión de la verdad absoluta, los dueños de cuanto alcanzaba la razón. Pero la razón, bien lo sabía él, a veces no era suficiente para comprender la auténtica dimensión de las cosas. Se precisaba de la imaginación, de lo fantástico. ¿Quién podría negárselo a él, que lo estaba viviendo en primera persona? Por supuesto, no pensaba confesar a nadie su secreto. Ni siquiera a Esther. Lo tomarían por loco. Dirían: «Va camino de acabar como su padre». O le robarían aquella varita que mudaba en oro el mero latón dorado. No lo permitiría.

Mientras pergeñaba sus relatos, para que el río no se olvidara de él, acudía al puente con algún libro escamoteado de los estantes de la biblioteca y, cuando nadie lo veía, lo arrojaba al agua desde las alturas. Contemplaba cómo abría las alas de sus tapas, el dibujo de su vuelo de pájaro exótico y cómo se hundía lentamente hasta desaparecer. De esta manera alimentaba a quienes habitaban los abismos del río. Unas veces eran libros duplicados de alguna colección del periódico. Otras, por el contrario, elegía obras clásicas que apenas tenían lectores: nadie las echaría de menos. Pretendía con esa acción aumentar los volúmenes de aquella otra biblioteca del agua que imaginaba inmensa.

Los libros, arrojados en sacrificio al agua como si fueran vírgenes entregadas a la boca de un volcán, nunca subieron a la superficie. Tampoco Basilio Arriaga los echó de menos. Le satisfacía contribuir a aquella cultura desconocida que moraba itinerante en la corriente que va a dar al mar.

El éxito literario de Basilio contribuyó a que cada día fuera un poco más conocido. En las entrevistas, cuando era preguntado por el origen de sus ideas, indefectiblemente contestaba lo mismo: «De aquí. De allá. De los libros. De los periódicos. De la vida. De la imaginación». Si el interés, sin embargo, se dirigía al uso certero y luminoso del lenguaje, Basilio Arriaga interpretaba su famosa pausa antes de contestar: «La música del agua me lo dicta todo». Era su particular enigma.

Su relación con Esther mejoró. Ella obtuvo destino definitivo en la ciudad y abandonó la retórica matemática de las integrales y los logaritmos sentimentales. La nueva imagen de Basilio la satisfacía de momento. Había dejado de ser el mustio y gris bibliotecario al que apenas veía en todo el día para convertirse en un triunfador un poco menos gris con el que disfrutaba de sus escasos ratos compartidos.

Y un buen día, Basilio Arriaga escribió su primera novela: una obra maestra por podar y bruñir. Dudaba de si el río asumiría tantas páginas, si el agua la reescribiría como había hecho tantísimas veces con sus cuentos. Temblaba solo de pensarlo. El miedo al fracaso, a no estar a la altura y tener que permanecer siempre en el territorio de la narrativa breve le desarbolaba el ánimo.

La noche en que una a una, como un repartidor de cartas en un casino, mTojó los

de pensarlo. El miedo al fracaso, a no estar a la altura y tener que permanecer siempre en el territorio de la narrativa breve le desarbolaba el ánimo.

La noche en que una a una, como un repartidor de cartas en un casino, arrojó los folios de su novela al río, apenas pudo pegar ojo. Tantas vueltas despertaban una y otra vez a Esther.

- ¿Te ocurre algo? ¿Te encuentras bien? ¿Por qué estás tan nervioso? -le preguntó su esposa.

- No. Nada. Sí. Bien. No sé. No puedo dormir.

- ¿Has probado a contar ovejas?

- Sí, claro, para ti es muy fácil. Como eres de números...

A Esther casi le hizo gracia la respuesta. Continuó durmiendo mientras sirenas, leviatanes, tritones, hipocampos y otros seres míticos visitaban entre sueños a su marido y lo predisponían a querer respirar el oxígeno bajo el agua.

Al día siguiente, como en tantas ocasiones, después de cerrar la biblioteca, acudió al puente y paseó de un lado a otro sin dejar de buscar un rastro de papeles en la corriente del río. Aunque tardó más que de costumbre, el agua, una vez más, cumplió su cometido.

Como la gran flota griega que arribó a las costas de Troya para conquistarla, así las hojas del debut en la novela de Basilio se desplazaron hasta el rellano calmo en el que él solía recogerlas.

Igual que con los cuentos, la novela también había cambiado. El título. Los párrafos, mucho más cortos y ligeros. Los diálogos, sencillos, con esa música que reproducía a la perfección el habla humana. Las descripciones, poéticas, dinámicas, preñadas de comparaciones gloriosas y metáforas deslumbrantes. En suma, era ahora una obra maestra sin paliativos que cualquier crítico o analista literario sabría disfrutar como lector avezado.

Con ella ganó Basilio Aniaga el premio más importante del país, el mejor dotado económicamente, aquel del que todos los medios de comunicación se hacían eco durante meses. Lo esperaba la gloria, pero no estaba muy seguro de que aquello fuese lo que en realidad deseaba.

El día en que recibió la llamada telefónica en la que le comunicaban

su triunfo sintió como si un terremoto lo sacudiera por dentro. ¿Se alegraba? Por supuesto. Para qué si no había luchado durante tanto tiempo. No obstante, un sentimiento de tristeza lo recorrió de arriba a abajo. Si hubiera tenido que explicárselo a alguien, no habría sabido cómo. Era el hombre más dichoso del mundo y también el más confuso de entre los hombres.

Le dio la noticia por teléfono a Esther inmediatamente y ella saltó de alegría, felicitándolo. Por un instante ambos volvieron quizá a aquellos primeros días en los que hablaron de números y letras, cuando ella era una aspirante a profesora de matemáticas y él un lector voraz, un escritor anónimo en las sombras.

Basilio Arriaga reservó habitación y mesa en la terraza de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. El hotel ofrecía unas vistas espectaculares a la Catedral que, iluminada de noche, emergía bella y poderosa por encima de las casas del barrio histórico. También se asomaba al río de aguas turbias que la cruzaba y al puente por el que tanto le gustaba pasear.

Esther se puso el conjunto de lencería más sexi que tenía en el cajón de su ropa interior y un vestido rojo de fiesta capaz de incendiar la noche incluso en lo más crudo de un frío invierno. De igual manera, Basilio Arriaga desempolvó el traje oscuro con el que solía acudir a las recogidas de premios y, cogidos de la mano, como dos enamorados recientes, cruzaron el puente y llegaron al hotel.

Cenaron manjares y bebieron el mejor vino sin reparar en el precio. Un día era un día. Y además Basilio se iba a embolsar una cantidad de dinero formidable. Rieron, lo pasaron bien. La promesa de una noche de sexo a lo grande puso humedades a la noche. Del río emergía una tibia bruma.

- Mira el río -dijo Basilio a Esther.

- Vamos a la habitación -dijo ella-. Si quieres, me adelanto y te espero allí. Quiero darte una sorpresa.

A Basilio le pareció bien.

Esther lo besó en los labios y le susurró algo al oído.

- No tardes mucho.

- Enseguida voy.

Pero Basilio Arriaga, en lugar de tomar las escaleras y bajar a la planta en la que se encontraba su habitación, cogió el ascensor y salió en la planta baja, por recepción.

- Buenas noches -dijo a la muchacha que atendía al mostrador.

Abandonó el hotel y fue al puente. Miró el río, miró el agua. No vio su rostro, solo el reflejo de la luna como el haz de luz de un foco que iluminara el escenario en el que habría de actuar una estrella de cine. Ya no habría más cuentos, ni más novelas, ni más libros en la Tierra. Quería ver con sus propios ojos a quien lo reescribía al otro lado, quería conocer la biblioteca del agua. Se encaramó a lo alto del pretil del puente y saltó en el centro blanco de la falsa luna que iluminaba un círculo en la noche y en el agua. Pensó en su padre y en su madre, María José.

En la habitación del hotel, Esther, sensual y perfumada como una diosa, lo aguardaba en la cama vestida apenas con un conjunto de encaje transparente.

